

UNA HISTORIA DE MERCADOS

LUIS ALBERTO MARTOS LÓPEZ



La historia del mercado en la ciudad de México remite forzosamente a los inicios mismos de la gran Tenochtitlán, pues tanto el desarrollo como el crecimiento de la gran capital mexicana estuvieron estrechamente ligados a la actividad comercial.

Sí bien es cierto que la fundación de la ciudad sobre un pequeño islote en medio del lago de Texcoco, favoreció el acceso a diversos recursos lacustres, también significó la carencia de tierras para el desarrollo de la agricultura y por ende, la imposibilidad de producción de semillas, verduras y frutas. Otra deficiencia importante fue la escasez de materiales constructivos, principalmente piedra y madera.

La única alternativa para la supervivencia del grupo sería entonces el desarrollo de una economía basada en la explotación de recursos que brindaba el lago y su comercio en los mercados de los pueblos de tierra firme. Con ello, se obtenían otros productos importantes, lográndose así la consolidación del asentamiento y el primer gran crecimiento de la ciudad:

"Compremos pues la piedra y madera con lo que se da en el agua: el pez, el renacuajo, la rana, el camaroncillo, el 'aneztli', la culebra acuática, la mosca acuática, el gusanillo lagunero, y el pato, el 'cuachil', el nade y todos los pájaros que viven en el agua" (Alvarado Tezozómoc, 1975: 72-73)

El que los mexicas hayan mantenido una participación activa en los mercados de tierra firme a pesar de ser tributarios de los tepanecas, tal vez se debió al importante papel que habían venido desempeñando como mercenarios en las continuas guerras que Azcapotzalco sostuvo contra otras ciudades, hecho que habría permitido cierta libertad para establecer tratos y relaciones comerciales con los pueblos sometidos.

Al auge económico y comercial siguió la fundación de mercados propios en Tenochtitlán y Tlatelolco, aunque fue este último el que adquirió mayor importancia, debido posiblemente al ventajoso emplazamiento cercano a los embarcaderos y a su comunicación directa con tierra firme por medio de calzadas especiales. De igual forma, los tlatelolcas desarrollaron una mejor habilidad para establecer tratos comerciales con otros pueblos de la cuenca.

En un principio el mercado funcionó principalmente para el intercambio de productos de subsistencia, pues el objetivo era que los habitantes de la ciudad complementaran su economía obteniendo toda la gama de alimentos necesarios. De hecho, se ha llegado a calcular que la población de Tenochtitlán-Tlatelolco obtenía aproximadamente el 40% de su abasto a través del sistema de mercado.

Conforme la sociedad evolucionó y la economía creció, se dieron las condiciones para el intercambio de artículos suntuarios y de lujo, favoreciendo el nacimiento de una institución especializada en el comercio con tierras lejanas: la *Pochtecaoytl*.

Al momento de la conquista, uno de los sitios de la ciudad que más impresionó a los españoles fue el mercado de Tlatelolco, que para ese entonces se encontraba en su máximo esplendor. El estricto control, el orden y la vigilancia con que se desarrollaban los tratos comerciales también fue un hecho que llamó la atención de los conquistadores:

"...y desde que llegamos a la gran plaza, que se dice el Tlatelolco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían... y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto." (Díaz del Castillo, 1980:171-173)

El comerciante en el mercado recibía el nombre de *Tlamacaque* y aparentemente se trataba del productor mismo, por lo que el intercambio se realizaba sin la participación de intermediarios, es decir, no existía lo que en la época colonial fue conocido como "regatonería" que consistía en comprar a bajos precios para luego revender con ganancia. De hecho los tratos comerciales se realizaban principalmente por medio del trueque, intercambiando un producto por otro, aunque también hubo objetos que se habían establecido convencionalmente como medio de intercambio, es decir que funcionaban a manera de moneda como fue el caso del cacao.

Consumada la conquista y una vez fundada la nueva ciudad de México, los españoles trataron de reorganizar el mercado y de asegurar el correcto abasto para la población:

* Las fotografías que ilustran este número de *Diario de Campo* fueron seleccionadas y proporcionadas por Georgina Rodríguez, responsable de la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (antes Culhuacán). Agradecemos su valiosa colaboración.



"Hay dos grandes mercados de los naturales de la tierra, el uno en la parte que ellos habitan y el otro entre los españoles; en éstos hay todas las cosas de bastimentos que en la tierra se pueden hallar, porque de toda ella lo vienen a vender; y en esto no hay falta de lo que antes solía en el tiempo de su prosperidad, verdad es que joyas de oro, ni plata, ni plumajes, ni cosa rica, no hay nada como solía; aunque algunas piecercillas de oro y plata salen, pero no como antes."(Cortés, 1981:197)

En efecto, hacia 1523 ya tenemos noticia de un sitio destinado para el mercado, se le llamaba "Tianguiz de Juan Velásquez" y se ubicaba en los terrenos que más tarde serían del convento de Santa Isabel y que hoy ocupa el Palacio de Bellas Artes. Poco tiempo después también se reestableció un mercado en Tlatelolco, aunque reducido a una pequeña y polvosa plazuela y principalmente para el trato exclusivo de los indígenas.

Una de las principales preocupaciones de las autoridades españolas a lo largo de la colonia, fue asegurar el adecuado abasto de bastimento para la ciudad de México, por lo que ya desde el siglo XVI surgen las figuras de oficiales específicos para atender el asunto de los mercados, como fueron el "diputado de ciudad" y el "fiel de ciudad", encargados tanto de procurar el correcto abastecimiento, como la cobranza de los impuestos correspondientes.

Sin embargo, ya desde el siglo XVI hace su aparición el famoso "regatón", individuo dedicado a comprar en los pueblos o en las afueras de la ciudad el bastimento a bajo costo, para luego revenderlo a un precio mucho más alto. Esto por supuesto se convirtió en un problema para la ciudad, por lo que ya desde 1530 se dicta la primera prohibición para ejercer la regatonería:

"...que ningún mercader ni regatón pueda comprar de los indios para lo tornar a vender... so pena de 8 pesos de oro aplicados, la tercia parte para el que lo sentenciare y la otra tercia parte para el denunciador..." (Archivo Histórico de la Ciudad de México, Actas de Cabildo, 630a).

Otro gran problema que nace durante el siglo XVI es el de la vendimia callejera. Si bien en la antigua Tenochtitlan estaba estrictamente prohibido comprar o intercambiar productos fuera del local del

mercado, ahora los regatones se dedicaban a vender por las calles y casas, engañando a la gente tanto en la calidad como en el precio del producto, lo que obligó a la creación de nuevas disposiciones.

Desde el siglo XVI, el mercado principal se estableció en la Plaza Mayor, pues a su privilegiada situación en el corazón y centro mismo de la ciudad se aunaba la proximidad a la Acequia Real, por la que llegaban diariamente gran cantidad de canoas cargadas de bastimento provenientes de varios pueblos.

El mercado de la Plaza Mayor fue creciendo paulatinamente, aumentando diariamente el número de puestos y cajones comerciales. Si bien esto fue económicamente provechoso para el Ayuntamiento pues recibía por concepto de impuestos y rentas más de 15000 pesos anuales, también se fue convirtiendo en un problema para la ciudad, tanto por la basura y suciedad que se generaba, como por la cantidad de "vagamundos" que comenzaron a frecuentarla.

Con el tiempo, la Plaza Mayor también alojó otro particular mercado que fue conocido como "El Baratillo", creado a instancias del Ayuntamiento con el noble propósito de ayudar a las clases bajas y pobres de la población con un espacio para la venta, intercambio y adquisición de artículos viejos y de segunda mano. Sin embargo, a poco tiempo de su creación, se convirtió en el lugar favorito de la gente "ociosa y vagamunda" dedicada al robo en casas y al asalto en calles, haciéndose así de un sinnúmero de artículos que podían venderse fácilmente en el Baratillo. Los robos aumentaron considerablemente y el Baratillo se convirtió en un serio problema, pero a pesar de las disposiciones para suprimirlo, este mercado cobró mayor auge.

Si bien los puestos de la Plaza Mayor con su Baratillo fueron el principal centro de abasto de la ciudad a lo largo de los siglos XVI y XVII, hubo también por otros rumbos de la ciudad varios mercados de importancia como fueron el de La Cruz del Factor, que se ubicaba en las calles del Factor y La Canoa (Allende y Donceles); la Plazuela de La Paja, entre las calles de Flamencos y Cerrada del Parque del Conde (Pino Suárez y El Salvador); la Plazuela de Jesús Nazareno, justo en contra esquina de la anterior; la Plazuela de las Vizcaínas, en la calle del mismo nombre y Lázaro Cárdenas; y la Plazuela de Santa Catarina Mártir, entre las calles de La Amargura y Santa Catarina (Honduras y Brasil) (Martos y Yoma, 1990).

El año de 1692 fue determinante para la historia del mercado en la ciudad de México, pues la tarde del domingo 8 de junio se desató el más terrible tumulto sucedido hasta entonces. A causa de las muchas lluvias se habían perdido las cosechas y el grano existente en los depósitos resultaba insuficiente y, mientras se distribuía el grano en la alhóndiga, los soldados comenzaron a enfascarse en rencillas y conflictos con la gente del pueblo, situación que creció y devino en un verdadero alzamiento:

"Era tan extremo tanta la gente, no solo de indios sino de todas castas, tan desentonados los gritos y el alarido, tan espesa la tempestad de piedras que llovía sobre el Palacio, que excedía el ruido en las puertas y en las ventanas al de más de cien cajas de guerra que se tocaban juntas..."(Sigüenza y Góngora, 1940:146).

El motín dio por resultado la total destrucción del edificio del Ayuntamiento, parte del Palacio de los Virreyes y la destrucción total de los cajones comerciales de la Plaza Mayor.

A la reconstrucción de edificios públicos se sumó la reinstalación del mercado de la Plaza Mayor, pero para evitar el riesgo de nuevos incendios, se dispuso que ahora fuera de mampostería. El nuevo mercado se inauguró el 3 de septiembre de 1703, se levantó en la esquina suroeste de la Plaza Mayor y fue conocido como "El Parián". Este edificio no fue una

simple plaza comercial más; por el contrario, la solidez y la sobriedad de su arquitectura lo convirtieron en el mercado más importante y representativo del siglo XVIII. (Martos y Yoma, 1990:28).

En el Parián se entremezclaban sorprendentemente tiendas de objetos suntuarios y de importación como porcelanas, cristales, telas finas y joyerías, con simples puestos de frutas, semillas o verduras, por lo que el contraste entre la gente que atendían en unos y otros locales era también muy marcado. Pero a pesar de todo, este célebre mercado se convirtió en un verdadero centro de convivencia social en donde se citaban prácticamente todas las clases sociales de la ciudad, pues era escenario de juegos de ajedrez, damas, cartas y aún palenque de pelea de gallos:

"...era el emporio del buen tono, el sueño dorado de las famosas entonces cotorronas y el bello ideal de las currutacas o catrinas, que así se llamaba a las polluelas de la época". (Prieto, Guillermo, 1976:44).

El Parián existió hasta 1829 cuando fue demolido después de haber sido previamente saqueado e incendiado el 4 de diciembre de 1828 durante los disturbios del famoso "Motín de la Acordada"

Hacia finales del siglo XVIII, los comercios callejeros invadían no sólo la Plaza Mayor y las aceras del Parián, sino que se extendían prácticamente por todas las calles aledañas; la suciedad, el desorden y la delincuencia eran por supuesto problemas derivados de tal situación. Por ello, el Virrey Don Juan Vicente de Güemes y Pacheco, Segundo Conde de Revillagigedo, emprendió desde 1789 una serie de mejoras, tanto de la Plaza Mayor como del mercado del Parián. Fue precisamente durante estos trabajos cuando se realizó el fortuito hallazgo de las esculturas de la Coatlicue y la Piedra del Sol.

A pesar de los arreglos y remodelaciones, el comercio de la Plaza Mayor y el Parián seguían siendo insuficientes para contener al cada día más elevado número de puestos; la necesidad de un nuevo y más grande centro de abasto era innegable.

Junto al costado sur del Palacio de los Virreyes se localizaba la "Plaza del Volador", explanada que desde el siglo XVI contempló el establecimien-



to de un pequeño mercado "al viento", es decir, sin locales de madera o mampostería. Cuando la situación de la Plaza Mayor empeoró, se determinó construir un nuevo centro de abasto: el célebre mercado del Volador, que durante gran parte del siglo XIX se convertiría en el más importante centro comercial de la ciudad de México. Originalmente hecho de madera, fue remodelado y convertido en una obra arquitectónica importante en el año de 1841, pero poco a poco también se fue saturando y los comercios volvieron a invadir las calles principales del centro de la ciudad. Aunado a lo anterior, el descuido y la falta de mantenimiento fueron deteriorando las instalaciones del mercado, de tal forma que ya para finales de siglo era un lugar decadente y desagradable.

La noche del 17 de marzo de 1870 sucedió un terrible incendio que consumió casi por completo al mercado del Volador acelerando su declinación:

"La miseria de la clase pobre ha de venir a ser un cáncer y esa miseria que está llamando ya a las puertas de cada familia, va a aumentarse con una progresión espantosa, después del siniestro, porque más de tres mil personas han quedado sin pan..." (Archivo Histórico de la ciudad de México, Mercados, 3733, exp.518)

La gran mayoría de comerciantes del Volador fue trasladada entonces a la "Plaza de la Merced", explanada que se había formado después de la demolición del célebre convento del mismo nombre y en la que a partir de este momento funcionaría un mercado. Esta medida logró un doble objetivo: sacar el comercio definitivamente del centro de la ciudad, enviándolo al oriente de la misma, y sustituir el viejo Volador por una nueva central de abasto.

El mercado de La Merced funcionó varios años con improvisados puestos y cajones de madera y fue en 1880 cuando se concluyó la construcción del primer gran local.

La Merced rápidamente asumió el papel de central de abastos y poco a poco creció en importancia de tal forma que para 1888 se proyectó la construcción de un nuevo edificio mucho más grande, así como la creación de dos nuevos mercados en otros rumbos de la ciudad: el mercado de San Juan y el de Loreto, obras que fueron concluidas en 1890.

Con los años, las viejas calles aledañas a La Merced también se saturaron de comercios, tanto en accesorias y locales, como ambulantes; gradualmente la zona se convirtió en un verdadero barrio de comerciantes, con los viejos problemas que ello implica. A pesar de los esfuerzos de los gobiernos de la ciudad por controlar la vendimia callejera, ésta aumentó alarmantemente, agravando la situación de basura, suciedad, saturación de calles y delincuencia:

"...exponemos que de algún tiempo a esta parte, ha venido invadiendo estas calles, un número considerable de vendedores ambulantes de muy mala fé, que tanto por su competencia ilegal, como por su repugnante conducta, perjudicaban muy gravemente nuestra reputación e intereses... Molestan a todo transeúnte, por hacer uso de las banquetas, para sus comercios. Repugnan verdaderamente con sus gritos, obscenidades, altercados y hechos incalificables. Los más evádense de cualquier impuesto o contribución... Gritan y venden sus mercancías a cualquier precio, pues bien seguros están de su habilidad y pericia sin igual en el engaño...cualquier protesta o reclamación de parte del comprador, la cubren de injurias y amenazas...Son encubridores decididos de los numerosos rateros de este barrio..." (Archivo Histórico de la Ciudad de México, Mercados 3740, exp.1283: f1).

Fue hasta mediados del siglo XX cuando se decidió poner fin a los problemas del barrio, construyendo una nueva central de abastos que todavía se conoce como "El Mercado de las Naves" y que sigue funcionando en las calles de Circunvalación. El nuevo complejo incluía seis locales destinados a ciertas



mercancías particulares y una serie de bodegas distribuidas en 53 manzanas.

Con los años se manifestaron los mismos viejos problemas de los que hemos hablado, lo que se trató de solucionar con la construcción de la nueva Central de Abastos, ahora lejos del centro, en el sureste de la ciudad y que fue inaugurada en 1982.

Pero a pesar del traslado masivo de comerciantes a la nueva central, el barrio de La Merced permaneció como una zona eminentemente comercial, por lo que ha mantenido su arraigo, su fama y se mantiene como uno de los sitios más populares para la compra de bastimentos.

En conclusión podemos decir que desde sus orígenes, nuestra ciudad nació ligada a la actividad comercial, aunque en la época prehispánica, comercio y mercado estuvieron regulados y controlados bajo estrictas leyes, a diferencia de lo que sucedió durante el periodo novohispano. En efecto, desde el siglo XVI, ya por corrupción, ya por negligencia o descuido, surgieron los grandes problemas que todavía nos aquejan: la invasión de las vías públicas por puestos callejeros, la suciedad, la reventa, el intermediarismo, la delincuencia, etcétera. Bajo este panorama, los mercados de la Plaza Mayor, Parián, El Volador y La Merced, se convirtieron en los centros de abasto de la ciudad y cada uno en su tiempo trató de dar solución a los viejos problemas, lo que se lograba parcial y temporalmente, pues los problemas siempre reaparecían con mayor intensidad.

En un país en crisis, aquejado por la corrupción, la delincuencia y la pobreza, en donde no hay buenas opciones de trabajo y de vida, no es extraño que el ambulante aumente cada vez más, como una forma de subempleo y alternativa de vida. Así pues, el problema de "la vendimia callejera" está muy lejos de resolverse, como lo demuestra la experiencia de cinco siglos de la misma historia.

BIBLIOGRAFÍA:

- Alvarado Tezozómoc, Fernando
1975 Crónica Mexicayotl. Instituto de Investigaciones Históricas. unam, México, D.F.
- Bernal, Ignacio

1984 Tenochtitlan en una isla. Lecturas Mexicanas No.64. Fondo de Cultura Económica-sep. México, D.F.

- Calnek, Eduard E.

1978 "El sistema de mercado en Tenochtitlan". En: Economía política e ideología en el México Prehispánico. pp. 97-113. Edit. Nueva Imagen, México, D.F.

- Castillo F. Victor.

1972 Estructura económica de la sociedad mexicana. Instituto de Investigaciones Históricas. unam. México, D.F.

- Cortés, Hernán

1981 Cartas de Relación. Colección "Sepan Cuantos" No.7, Edit. Porrúa. México, D.F.

- Díaz del Castillo, Bernal

1980 Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. Colección "Sepan Cuantos" No.5, Edit. Porrúa. México, D.F.

- Lameiras, Brigitte

1985 "El mercado y el estado en el México Prehispánico". En: Mesoamérica y el Centro de México. p.343-369. Colección Biblioteca del inah. México, D.F.

- León Portilla, Miguel

1975 "La institución cultural del comercio Prehispánico". En: El comercio en el México Prehispánico. Vol. I. p.65-96. Instituto Mexicano de Comercio Exterior. México, D.F.

- Martos López L.A. y M.R.Yoma

1990 Dos mercados en la ciudad de México: Volador y La Merced. Colección Divulgación, INAH/DDF.

1990b "El Parián: Un siglo y medio de Historia y Comercio". En: Boletín de Monumentos Históricos No. 10, Julio-Septiembre, pp.24-37. inah, México, D.F.

- Novo, Salvador

1979 Breve Historia del comercio en México. Cámara Nacional del Comercio de la Ciudad de México, D.F.

- Sahagún, Fray Bernardino de

1982 Historia general de las cosas de la Nueva España. Colección "Sepan Cuantos" No.300. Ed. Porrúa. México, D.F.

- Sigüenza y Góngora, Carlos

1940 Relaciones Históricas. Biblioteca del Estudiante Universitario, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México.

